



Borrón & tinta nueva

Por **María Vallejo-Nágera**

“Santito Juan Diego, ora por mí”

NO aprendo, querido lector, sigo siendo muy bruta. Y da igual las veces que me amoneste mi director espiritual: cuando considero que he mejorado en mi crecimiento, mi propio pecado demuestra que aún sigo en el barro... ¡Cuánto camino me queda para crecer en humildad! Día a día me doy más cuenta de lo difícil que es ser santo, de lo duro que es amar a Dios y al prójimo de forma perfecta, tal y como Jesús nos amó desde la cruz.

La última vez que caí en esta triste realidad fue hace pocas semanas, durante un viaje que hice a México D. F., adonde había sido invitada por el señor obispo para dar una conferencia. Y como hace todo aquel que ama a la Virgen María, nada más soltar las maletas corrí para venerarla en la tilma sagrada que se expone en la imponente basílica de la ciudad. Embobada, ensimismada ante el regalo sobrenatural que nuestra Madre María hizo a la humanidad plasmando su figura en un trozo de humilde tela (la tilma perteneciente al indio Juan Diego, hoy santo), dejé una vez más que mi corazón se llenara del tierno amor de nuestra Madre del Cielo. La quiero muchísimo, querido lector... Más de lo que pueda expresar con palabras. Tras ver la tilma, al fin, plena de alegría, me retiré hacia la capilla lateral para orar un rato, en silencio.

La capilla que contiene el sagrario de la basílica no es muy grande: tan solo unos quince bancos (que parecen pequeños comparados con el tamaño del inmenso sagrario) la ocupan.

Éramos pocos los orantes, por lo que se respiraba gran reverencia y recogimiento. Me arrodillé y comencé a orar con todo el corazón. ¡Deseaba tanto estar a solas con la Virgen! Quería

decirle cuánto la necesito, cuánto le agradezco, cuánto deseo morar junto a Ella un día en el Cielo... Y cuando más la sentía en mi corazón y

más recogida en la oración me encontraba, un murmullo extraño a mis espaldas turbó mi oración. Alguien musitaba detrás de mí, incomodándome. “Vaya –pensé–, alguna vieja cuchichea con una amiga”. Procuré regresar a mi oración... sin éxito, ¡otra vez comenzó el cuchicheo! “Qué pesadez... –pensé irritada–. ¿Por qué los turistas no se irán a compartir sus comentarios a otro sitio? ¡Aquí no le dejan a una ni rezar!”

Entonces me giré para mirar, huraña, a la persona que así molestaba mi oración, con la esperanza de que si me veía enfadada, callaría. Pero mis ojos se toparon con una situación que no esperaba, querido lector. Porque ahí, a mis espaldas, se encontraba un viejito de edad eterna. Su aspecto humilde, sucio y muy descuidado me hizo pensar de inmediato que se trataba de un mendigo. Vestía ropas harapientas y desprendía un olor fuerte y amargo a suciedad acumulada.

¡Pero cómo oraba!! Miraba con indescriptible ternura hacia el sagrario y hablaba bajito a Dios... “Te quiero mucho, Niño Dios”, decía... Pensé que el indio san Juan Diego debía ser muy parecido a aquel hombre humilde...

Llena de vergüenza me giré y clavé los ojos en el suelo. “Perdóname, Jesús... –dije–. Está claro que merezco ser la última en entrar en el Cielo. Ten misericordia de mí...”

Durante un viaje a México D. F., nada más soltar las maletas corrí a venerar a la Virgen en la tilma sagrada que se expone en la basílica de la ciudad



Ilustración: Silvia Álvarez Castellar

www.mariavallejonagera.com